

El catolicismo se propaga en Inglaterra con milagrosa rapidez; hé aquí el hecho, el grande hecho que todos contemplan, porque se realiza en presencia del universo. Una generacion fervorosa se levanta para consolar á la Iglesia ultrajada en sus dogmas y en sus pastores por miembros desnaturalizados. «Unos hijos que estrechados al catolicismo por los sentimientos del alma encuentran su gloria, su consuelo y su verdadero orgullo en estar íntimamente unidos á aquella piedra sobre que descansa la Iglesia de Jesucristo; unos católicos que adheridos sinceramente á la Cátedra de Roma, centro de su prerogativa gloriosa de unidad, reconocen y veneran al sucesor de S. Pedro, al vicegerente de Jesucristo, á la cabeza visible de su cuerpo místico, al pastor supremo de su rebaño y al padre espiritual de todos sus hijos; unos fieles, en fin, que aman, honran y veneran al digno sucesor y representante vivo de los santos Pontífices que en la sucesion dilatada de diez y nueve siglos arrojaron con sufrimiento y con valor heróicos la maledicencia de los hombres y la presuncion del siglo (1). » ; Ved ahí el tipo de los nuevos convertidos que se alistán en la falange victoriosa del catolicismo, cuya bandera es la cruz del Salvador de los hombres ! La Inglaterra se siente conmovida por el elemento católico. Este es el grande espectáculo que todos conocen y todos admiran. ¡Que la Providencia haga cuanto ántes que en la patria de Alfredo y S. Eduardo reine la fe de que fueron estos celosos defensores !

año 1853 subieron á doce, contándose entre ellos el Rev. lord Carlos Tyne, vicario de Longbridge Reverell, prebendado de Cantorbery y tío del marques de Battey; el Rev. William Pope, profesor del colegio de Cristo en Cambridge, sobrino del lord Dr Whateley, arzobispo anglicano de Dublin; y el Rev. Dr Eduardo Beard, metodista primitivo y celoso predicador de Cambridge. Las de los seglares notables por algun motivo pasan de sesenta.

(1) *L'Orbe cattolico*. Lettera dei cattolici del distretto di Londra a Pio IX, 6 febraro 1849.

CAPÍTULO XV.

Holanda. — La lucha de tres siglos. — El catolicismo no triunfa sino por el convencimiento. — Conducta de la Iglesia á este respecto. — No es así el protestantismo. — La violencia perjudica al catolicismo. — Vestigios del furor pasado. — ¿Cómo explicar la tolerancia protestante? — Los Jesuitas y los Dominicanos. — Primeros templos. — Las concesiones. — El catolicismo triunfa. — Impresiones de la solemnidad del Córpus Christi. — La influencia católica se hace sentir en los Países Bajos. — Las hermanas de la Misericordia y su beneficencia. — Una reflexion.

Salgamos ahora de Inglaterra, pasemos el mar del Norte, y vengamos á contemplar sobre sus playas esa lucha de tres siglos que con tanto heroísmo sostuvo en los Países Bajos la creencia católica. Allí la reforma, pretendiendo triunfar de las conciencias por la fuerza bruta, encontrando una resistencia formidable, convirtió en vasto campo de batalla la tierra pacífica de Villebrordo.

Uno de los principios sancionados por el cristianismo, y conservado intacto por el catolicismo, es excluir de sus medios de propaganda todo lo que no esté en armonía con la dulce persuasion que enseñó prácticamente á sus discípulos el Salvador del mundo. Este desconoció y rechazó como extraño el celo de los que pedían medidas violentas contra los que se negaban á recibir el Evangelio. «No es este vuestro espíritu,» dijo entónces á sus consejeros, conservando de este modo intacta al hombre la soberanía de su conciencia, para que la rinda solo á la persuasion y al convencimiento. Ni fueron jamas otras las armas que reportaron al

catolicismo la serie de victorias que él y solo él puede ostentar. El convencimiento le ganó en Judea los primeros discípulos, y el convencimiento ganará del mismo modo para la Iglesia el último de los disidentes en las regiones que están por descubrirse en el seno mas remoto de África. La política de los soberanos, desnaturalizando la institucion divina, quiso amalgamar el Evangelio con las armas, y someter á la fe la conciencia del individuo, del mismo modo que conquistaba su persona y posesiones á su vasallaje. La religion, sin prestarse á proyecto semejante, trabajó por conservar entonces mismo su libertad al individuo, bien fuere en los países civilizados de la Europa ó en las naciones salvajes de la América. « Las conversiones deben ser la obra del convencimiento de la verdad, y de ningun modo de la violencia que condena el Evangelio. » Ved ahí el encargo principal de los Pontífices á los misioneros en América. Ved ahí el encargo que excitaba el celo del inmortal Las Casas, cuya voz de trueno, abogando por la libertad en las playas del seno mejicano, iba á reproducirse sobre las márgenes del Biobio en los sermones ardientes del apóstol de Chile Luis Valdivia. La reforma, hija de violentas pasiones, manifiesta con frecuencia que no es este su principio: cuando ha estado en su mano emplear la fuerza para obligar al hombre á admitir un diverso sistema de fe del que le dictaban sus convicciones, lo ha ejecutado sin escrúpulo, aunque con escándalo del género humano.

No son únicos en la historia los hechos de Enrique VIII, de Isabel y del tirano Cromwell: en Holanda, donde la doctrina de Calvino llegó á ganarse prosélitos á millares y á apoderarse del poder, los encontramos semejantes. Donde quiera que se fije allí la vista, se hallan recuerdos de las violencias que el protestantismo empleó para dominar, ó para convertir, como él decia, á los hombres á la verdadera fe. Y sino ¿qué significan los incendios de las iglesias, los asesinatos de sacerdotes y las persecuciones de tantos pacíficos ciudadanos que viven aun en la memoria de todos? En

Dort, en Rotterdam, en Leida, en Utrecht y en Amsterdam, no hallaréis recuerdos tan frescos ni tan populares como los de aquellas devastaciones: los templos católicos os presentarán elevadas al honor de los altares algunas de las víctimas sacrificadas en los excesos de aquel furor, y cada uno de los lugares consagrados por el rito protestante están dando testimonio de la depredacion á que fueron entregados los bienes de los que perseveraron fieles á su creencia primitiva.

Durante tres siglos el protestantismo ha llamado *su triunfo* estos repugnantes atentados: levantando su voz ha podido desafiar á su adversario desde esas mismas cátedras que le echaban en cara sus usurpaciones; pero el catolicismo no triunfa de este modo: su imperio se extiende sobre el corazon y su dominacion sobre la conciencia; y al corazon y á la conciencia no los domina sino el convencimiento, jamas la fuerza, nunca la violencia. Al contrario, esta le perjudica desde que pretende alcanzar por medios humanos un resultado que no puede ser sino efecto del Poder Divino, á saber: la conversion del corazon. Le perjudica suscitando obstáculos á la accion de la gracia que se insinúa al hombre por medios suaves, pero que obran eficazmente sobre su corazon y sobre su voluntad; y en fin le perjudica, porque todo lo que no está en armonía con sus principios le es contrario. Estos inconvenientes son con relacion al individuo todavía mas graves, y sus efectos mas sensibles. La violencia produce siempre irritacion; no es bajo su imperio la voluntad quien obra, ni ménos el corazon obedeciendo sus impulsos; es la fuerza quien arranca tales ó cuales movimientos, que si están en armonía con las órdenes del poder que los exige, es con el sacrificio de una voluntad que los resiste y aborrece desde que se ve obligada á ejecutarlos.

Bien perceptible ha sido en los Países Bajos esta irritacion, efecto de los excesos que cometió el poder, pretendiendo imperar en las conciencias. Ella ha sido una de las formidables barreras que el catolicismo ha necesitado impugnar

para llegar á triunfar. En ese primer movimiento de furor con que estremecieron los reformadores la Holanda, cerraron á los católicos las puertas de sus templos, y condenaron al destierro á los sacerdotes que no suscribieron condiciones equivalentes á una miserable apostasia. La prision, la confiscacion, los tormentos y la muerte misma no parecian pena suficiente cuando se trataba de castigar al católico que tuviese la osadía de hacer demostracion alguna pública de su culto. Pesquisas escrupulosas hechas á domicilio y decretos severos dados al efecto vedaron perpetuamente á los presbíteros entrar en los Países Bajos. Mas el espíritu que abrió las catacumbas é hizo nacer pueblos en las entrañas de la tierra, que inspiró valor á los cristianos primitivos para penetrar los desiertos y habitar entre las fieras, y que hoy mismo les anima para arrostrar peligros de todo género en Fokien y en el Japon por conservar y propagar la fe del Evangelio, no fué en Holanda ménos eficaz para inspirar resoluciones semejantes.

Bien pudo el protestantismo adoptar aquellas medidas opresoras para hacer morir una fe que, como la yerba silvestre, brota con mas fuerza cuanto es mas estropeada, y vive vigorosa cuando se la abandona á merced de los brutos mismos que la pisan. Los fieles, privados casi siempre de los consuelos de su fe, supieron conservarla entre los riesgos; y sus sacerdotes, perseguidos, errantes, confundidos con la plebe, encontraron medio para auxiliar en los conflictos mismos á los que padecian por la justicia. Los sucesos de aquella época no son mas que copia fiel de los siglos de persecucion; y si se echan ménos en Holanda las hogueras y el circo de Roma, no faltaron la cuchilla y los verdugos que suplían muy bien los oficios del fuego y de las fieras. La *Historia de la Iglesia* llama mártires del mismo modo á los que sacrificó en Holanda el furor de la reforma en el siglo diez y seis, que á los que hicieron morir los edictos sangrientos de Neron y Domiciano.

Para mí es inexplicable á vista de estos hechos la naturaleza de esa tolerancia que nos recomiendan los protestantes. Tolerar cuando hay arbitrios para negar, para rechazar y para perseguir, es por cierto virtud; pero es á la vez virtud de la que el protestantismo no nos ha dado hasta hoy un solo ejemplo. En Holanda como en Inglaterra, en Irlanda como en Alemania, él no fué jamas tolerante, miéntras estuvo dueño del poder; al contrario, cometió excesos que dejan muy atras las hogueras de Felipe II y los calabozos de la Inquisicion de España, que nunca autorizó la Iglesia, y de que sin embargo tanto alarde hacen los protestantes. Si ha tolerado despues y hoy mismo tolera, es muy á su pesar, y porque la fuerza de la opinion ó el temor de las amenazas no le permiten continuar sus planes opresores.

Durante cincuenta años el protestantismo no permitió á la tercera parte de los ciudadanos holandeses profesar su culto, que un siglo ántes habia sido el de la nacion entera. Dos congregaciones que miéntras el furor de la reforma se hicieron distinguir por la austeridad de vida, por su celo denodado, y muy especialmente porque de su seno ningun individuo salió para engrosar las filas de los reformadores, arrostrando peligros de toda especie, llenaron el ministerio evangélico entre esa grey devastada por el fanatismo, el cisma y la herejía. Dios premió su constancia, destinándolas para que reparasen los muros de Israel, cuando hubiese cesado el tiempo del cautiverio. En efecto, en 1687 se permitió á los Dominicos levantar un templo en Rotterdam, y casi al mismo tiempo otro en Amsterdam á los Padres de la Compañía. Para ambos fueron dadas por la autoridad las dimensiones, no se permitió tuviesen puerta á la calle pública, ni torre, ni campana, ni figura alguna de iglesia católica. Esta fué la primera gracia que un tercio de la nacion, condenado á vivir sin practicar el culto de su fe durante medio siglo, arrancó al protestantismo, amedrentado por

representaciones alarmantes de los oprimidos. Mas vencida la primera dificultad, las demas debian serlo sucesivamente, y así sucedió en efecto. La energía de los católicos poco á poco fué arrancado nuevas concesiones, de tal modo que los que poco ántes no podian profesar sus creencias sino en secreto, ni participar de sus misterios sino en la oscuridad de la noche y en el recinto mas escondido de la habitacion de una familia, se fabricaron templos en todas partes. Sostenidos por una fe aguerrida en tantos combates, acostumbrados á soportar las fatigas de tantas batallas, mas invencibles cuanto mas unidos, no se sentaron sin embargo sobre sus laureles para gozar tranquilos los frutos de su victoria; por el contrario, aprovecharon los triunfos pasados para prepararse de nuevo á los combates. El protestantismo estaba vencido, pero el indiferentismo, el materialismo y la incredulidad nacidos de su seno le preparaban otra lucha formidable que sostener.

Miéntas se ocupó la Holanda protestante en ejercitar el sufrimiento de los católicos oprimidos, sin cuidar de alimentar el principio religioso en el seno de sus sectarios, formaba de estos una generacion de incrédulos destinada á provocar nuevos conflictos, cuando se encontrase con fuerza para lidiar. Este es el enemigo mas funesto que puede abrigar la sociedad contra sí misma, enemigo que despues de anonadar la creencia que le dió vida, se vuelve contra el principio católico con tanto mayor furor quanto es el único que puede detenerlo en su carrera de iniquidad. Los viejos reformadores que atónitos contemplaban el maravilloso desarrollo del catolicismo, no trepidaron en asociarse á los incrédulos para de este modo hacer mas certeros los golpes con que pensaban destruirlo. La Holanda y sus posesiones no tardaron en convertirse de nuevo en teatro de persecucion encarnizada, ¡en la que una mitad de los ciudadanos vuelta contra la otra mitad pretendia castigar el enorme crimen de tener fe !!! Las sociedades secretas prestaron su

apoyo á los incrédulos, y en Europa, en Asia, en América y en todos los puntos de los dos hemisferios donde tremola el pabellon holandés, los obispos fueron desterrados, los misioneros perseguidos, los sacerdotes injuriados, y todo el que conservó el nombre de católico excluido de los derechos que le aseguraban las leyes existentes. La *libertad* y la *igualdad* que prometidas por hombres sin creencia son siempre nombres vanos, ninguna garantía prestaron esta vez á los que se acogieran á su sombra, para no ser perturbados por sus intolerantes adversarios. Pero en vano pretendieran estos detener la marcha majestuosa de la Esposa de Dios; en vano señalar término á las victorias de su gracia, queriendo, como los insensatos cortesanos de Faraon, encadenar la virtud omnipotente para que no trasforme al hombre con sus toques. Los católicos aceptaron la lucha: dispuestos á conservar sin menoscabo el mas mínimo de sus derechos, disputaron palmo á palmo el terreno que las leyes les aseguran, defendieron su libertad de conciencia, que tan solo la arbitrariedad y el despotismo podian disputarles; y resueltos á perecer todos ántes que abandonar el campo que les trazaban á una la ley civil y la conciencia católica, obtuvieron al fin la plena libertad como corona de su generosa perseverancia.

Nuestra época, que ha sido en todas partes de pruebas y de triunfos para la fe, que sola ha presenciado hasta hoy el espectáculo tambien único de un Pontífice fugitivo y perseguido, restablecido en su trono por un gobierno hijo de la revolucion, no ha sido para la Holanda ménos memorable por acontecimientos de influencia vital para la Iglesia. Tales son la completa libertad dada á esta para comunicarse con el Papa, y el restablecimiento de la jerarquía católica; sucesos que corresponden bien á los esfuerzos de quienes trabajaron hasta alcanzarlos. Sus efectos son sensibles, y nadie podrá desconocerlos acercándose á observar el fervor piadoso, la gravedad y la munificencia que distingue á ese

pueblo que llena los templos cada día. Cinco obispos cuyo ministerio les tiene en constante observacion de las necesidades de su diócesis, y novecientas diez parroquias que de ellos dependen, exceden por cierto sus mejores esperanzas.

Yo no podré olvidar las impresiones que experimenté asistiendo á la solemnidad del *Corpus Christi* en la parroquia de San Pedro de Rotterdam (1). Ningun dogma fué tan perseguido en Holanda como la real presencia de Jesus en la Eucaristía, y mil víctimas sacrificadas inhumanamente son la conclusion mas terminante de los excesos cometidos por los reformadores empeñados en destruirlo. En el templo en que me encontraba se ve una estatua dedicada á Juan de Gorcoun, una de aquellas víctimas perpetuamente amables á la memoria de la catolicidad entera. Un inmenso concurso de pueblo llenaba las naves del templo; y despues de celebrada la misa solemne, el párroco, tomando del altar las especies sacramentales, las descubrió poco á poco, y expuso á los fieles, diciéndoles: *Ecce Panis angelorum*. Los velos misteriosos que ocultaban á Israel los secretos del Arca de la alianza los rasgaba la fe ardiente y humilde de este pueblo cristiano; él veía lo que el error envuelto en tinieblas no podrá divisar jamas. El concierto majestuoso y solemne del coro ostentaba el triunfo de la creencia católica sobre la herejía; y todos los fieles, uniendo sus voces, entonaban cánticos al que triunfó muriendo, y en la muerte y sangre de sus mártires renueva sus victorias sobre el mundo y el infierno. « Digno es el Cordero inmolado por los hombres de honor, gloria y alabanza: adórenle los ángeles de Dios y cuantos con él reinan sentados en tronos; adórole tambien la tierra y cuantos han sido redimidos (2). » Esta confesion solemne que hizo el Cielo de la divinidad del Hijo de Dios, era repetida para celebrar el misterio de su union con los

(1) Junio de 1854.

(2) *Apocalipsis*, cap. vii.

cristianos en el sacramento del altar, terminando con la humilde súplica del que necesita aun un rayo de aquellas misericordias inefables que fueron siempre su mejor escudo: *Bone Pastor, Panis vere, Jesu, nostrî miserere*. El Santísimo Sacramento fué paseado procesionalmente, recibiendo en su tránsito las señales de adoracion mas profunda en los lugares mismos en que fué profanado y pisoteado por la impiedad de los sectarios de Calvino.

Un ojo penetrante, un alma privilegiada bien habia previsto ya estos acontecimientos cuando escribia: « El protestantismo me parece un drama cuyos actores, despues de representar su papel, volverán á su ser real... Nada puede haber en él duradero, despues que ha sido abortado de un modo tan violento; y fácil es prever que morirá del mismo modo que nació. Él fué cómico en su nacimiento, y será tambien cómico en el desenlace de sus actos. » Así hablaba el grande Erasmo, gloria de Rotterdam, y cuya estatua de bronce, colocada en el centro de la poblacion que le vió nacer, parece repetir á sus conciudadanos la memorable respuesta que dió al primer corifeo de la reforma: « No es manera de cortar abusos la que han adoptado los que levantan el estandarte de rebelion contra Roma; causarán la division de los fieles, pero la ruina no la sufrirá el Papa ni la Iglesia, que le reconoce como su cabeza, sino los que propagan la division y la fomentan. » El tiempo y los sucesos han demostrado hasta qué punto era exacto el juicio de este genio singular. En todos los templos católicos de Rotterdam tenia lugar á la misma hora igual solemnidad, y todos, á pesar de ser algunos bien espaciosos, estaban completamente llenos.

Con el restablecimiento de la jerarquía, la accion católica ha hecho sentir su influencia mas eficazmente y con mayor provecho de la sociedad. Difícil seria creer el número crecido de seminarios, colegios, conventos, monasterios, casas de asilo y de educacion que se han establecido á la sombra

de las iglesias : esfuerzo de siglos mas bien que obra de pocos años parece ese inmenso desarrollo que se nota así en las ciudades como en la capital , y que bien pronostica el completo reintegro del catolicismo en sus derechos primitivos. Los misioneros sostuvieron , hemos dicho ántes , durante el tiempo de la persecucion , la causa de la fe ; y á la verdad su constancia á toda prueba fué el elemento providencial que salvó allí el pueblo escogido. La supresion de los Jesuitas por Clemente XIV fué una verdadera calamidad para esas misiones que ellos habian formado entre los peligros , y sostenido en medio de los vaivenes furiosos de una continuada tormenta. El Papa nombró á los Franciscanos para sucederles : su nombre no era desconocido en Holanda ; algunos individuos de su congregacion habian luchado cuerpo á cuerpo con la herejía , prefiriendo el martirio á la apostasía ; mas en unas misiones que no conocian , y que habian sido formadas por sugetos de distinta congregacion , no podian ellos hacer tan rápidos progresos como sus mismos fundadores. Repuesta la Compañía por Pio VII , los Jesuitas han vuelto á Holanda , donde desempeñan su apostolado.

Ese espectáculo tan bello que ofrece la mujer que abraza una vida de abnegacion para cooperar con sus esfuerzos á la felicidad de sus semejantes , no es ménos hermoso en los Países Bajos que en los otros puntos de la tierra donde la barbarie ó el fanatismo no han levantado una espesa barrera al Evangelio. Á las Terceras de Santo Domingo cabe esta gloria en Holanda desde muchos años atras : ellas , bajo el humilde título de *Hermanas de la Misericordia* , dirigen las escuelas , cuidan de los huérfanos , visitan los enfermos , y llenan todos los oficios que inspira y aconseja la ardiente caridad. Desde Rotterdam , donde estas hermanas poseen un vasto monasterio , se han derramado por todos los Países Bajos , no habiendo poblacion alguna que no tenga una casa de asilo ó al ménos una escuela bajo su direccion.

Otra institucion importante he encontrado propagada en Holanda por estas buenas religiosas , y son las escuelas dominicales , en las que los dias festivos dan instruccion primaria á las personas impedidas por sus ocupaciones de recibirla en los dias restantes de la semana. La de esta clase que visité en Amsterdam se habia establecido recientemente , y contaba noventa alumnos del sexo débil de catorce á veinte años de edad : las religiosas que habian pasado toda la semana en las escuelas , soportando el duro trabajo de enseñar niños , vienen el domingo á perfeccionar su sacrificio en la penosa fatiga de enseñar adultos. ¿ Y cuál es el premio que esperan ? me preguntaba á mí mismo. Yo he visto la pobreza en que viven en el claustro , siendo así que no pocas pertenecen á familias opulentas , y fueron criadas en la abundancia y en el regalo : esas vivas manifestaciones del agradecimiento que pudieran lisonjearles , en vano esperarían teniendo delante un enemigo poderoso y demasiado susceptible para permitirles ; ni un porvenir mas dichoso entrará en sus planes desde que al profesar la vida que siguen renunciaron hasta el derecho de esperar algo en la tierra. Su pasaje por este mundo será siempre igual : una celda que mide pocos pasos les dará la habitacion necesaria , y una comida grosera mantendrá una vida que busca para nutrirse otro alimento que el terreno ; sus pasos se dirigirán siempre á unos mismos lugares , aquellos donde las lleva su profesion : del coro á la escuela , de la escuela á la casa del enfermo , y de esta á la del menesteroso , ved ahí todas sus visitas de cada dia. Pero un noble estímulo anima mientras tanto ese corazon donde se abrigan sentimientos tan generosos : no es la tierra ni nada de cuanto le pertenece lo que tiene presente en sus fatigas , ni los honores , ni la gratitud que pudieran dispensarle los hombres contribuirán un ápice á fortalecerla en su carrera de sacrificios ; el placer que experimenta el que hace el bien por Dios , la felicidad eterna , el premio de la vida futura ,

hé ahí lo único que le sostiene, y lo único que puede estimularle.

Con frecuencia he reflexionado comparando esta ausencia total de motivos terrenos con los estímulos que animan á los encargados de dirigir los establecimientos análogos en Inglaterra y en Prusia; y aquella noble simplicidad, aquella pobreza y severidad de vida me han parecido preferibles á los atavíos y pretensiones de las ayas puestas al frente de las escuelas y de las casas de asilo que sostienen los *comités* protestantes. « Para mí es un hecho, aun cuando sus motivos me sean desconocidos, decia un noble lord, que las tocas de las religiosas católicas inspiran mas respeto y mas simpatía que las cofias y los rizos que adornan á nuestras maestras de niños; creo que mucho influyen los fines que se han propuesto unas y otras, pues el de las primeras para nosotros es misterioso, miéntras el de las segundas que todos conocemos es muy vulgar. » Ochocientas niñas reciben en Amsterdam su educacion en los establecimientos de las hermanas, y pocas ménos en Rotterdam: de todas ellas solo la cuarta parte paga un estipendio de veinte florines por año; esta es la principal entrada con que se cubren los gastos indispensables para sostener todos estos establecimientos. Las parroquias y las erogaciones voluntarias de los particulares cubren el resto. Á cerca de trescientas llega el número de las hermanas en los Países Bajos.

En el Haya, en Utrecht, en Rotterdam y en todas las ciudades importantes existe esa fervorosa emulacion, hija de la caridad ardiente que preside á las nobles empresas del catolicismo. Miéntras este vivió oprimido por sus poderosos adversarios, su espíritu benéfico estuvo preso de la misma manera que cuando la espada de los tiranos lo forzaba á vivir escondido en las cavernas ó desterrado en los desiertos; mas apénas ha conquistado su libertad, cuando saliendo como un torrente detenido se extiende y se dilata por todas partes. Contemplando el número tan crecido de los estable-

cimientos católicos, nacidos, por decirlo así, momentáneamente en Holanda, se apreciará hasta qué punto es exacto el dicho de Bálmes: « El catolicismo lleva en sí mismo poderosos medios para realizar las obras de caridad mas arduas y penosas. Para los grandes actos de caridad es necesario el desprendimiento de todas las cosas y hasta de sí mismo; y esto es lo que se encuentra eminentemente en las personas consagradas á la beneficencia en un instituto religioso: allí se empieza por el desprendimiento, raiz de todos los demas: el de la propia voluntad (1). »

El catolicismo considera como objeto propio el socorro de todas las necesidades, y por eso no descansará ni un momento miéntras un solo gemido necesite consuelos, y una sola necesidad quede por remediar. Los siglos se han sucedido, los tiempos se deslizan unos en pos de otros, las costumbres de los hombres varían obrando en armonía con la volubilidad de la condicion humana; mas el carácter del catolicismo subsiste siempre el mismo sin alteracion, sin variacion, sin cambio de alguna especie. Los monjes que fundan hospicios para recibir á los mendigos suceden á los diáconos que distribuyeron la limosna destinada á socorrer á las viudas y á los pobres; á los monjes han sucedido los institutos religiosos, y tras de estos vendrán otros que conservarán sin mengua en el seno de la Iglesia el espíritu de Jesucristo, que los inspira y vivifica. ¡ Qué majestuoso es este cuadro que, comprendiendo ya la historia de diez y nueve siglos, se extenderá hasta dibujar con la última de sus pinceladas la postrera de las obras que animará sobre la tierra el soplo divino de la caridad !

(1) *El protestantismo comparado con el catolicismo*, t. I, c. xxxiii.